

La Quinta Modelo





## LA QUINTA MODELO

---

### I

#### LA VUELTA A LA PATRIA

En la mañana del 19 de Octubre de 184\*\*\* la campana de la fortaleza de San Juan de Ulúa dió el toque de vela, y pocos momentos después, sobre la sábana inmensa del mar, apenas agitada por la brisa, apareció un vapor norteamericano, arrojando al cielo sus bocanadas de humo. Desprendióse del muelle el bote del práctico, llevando á algunos empleados oficiales é individuos particulares, y á impulso de los remos fuese acercando rápidamente al vapor, pareciendo á los que lo veían desde la playa, una de esas gaviotas que vuelan á flor de agua anunciando la tempestad.

En la cubierta del vapor, estaba en



pie, mirando hacia la tierra, un hombre como de treinta y ocho años de edad. Traía pantalón, corbata, paletó, gorra, guantes y zapatos de una especie de paño pardo, y de vez en cuando empuñaba un antejo pequeño, dirigiéndolo á la playa ó al islote donde se eleva Ullúa; pero ni la cadena de montañas dominadas por el Orizaba y el Cofre de Perote, y que prestan fondo á los renegridos edificios de Veracruz, ni el fuerte, que sólo sirve de prisión de Estado y que viene á ser para la plaza una amenaza perpetua, ora en el caso de guerra civil, ora en el de guerra extranjera, parecieron conmoverle en lo más mínimo. Aquel hombre debía estar dotado de lo que hemos dado en llamar una alma romana, puesto que no le causaba impresión alguna volver á ver las montañas ni los edificios del país donde nació. Solamente se animaron sus toscas facciones cuando el bote del práctico se acercó lo necesario para que, con ayuda del antejo reconociera á algunos de sus amigos que iban á darle el abrazo de bienvenida. Pocos momentos después se reunían todos en la cubierta y asediaban al viajero á fuerza de pregun-

tas, ó le instruían de los últimos acontecimientos del país.

Para que el lector haga conocimiento con el personaje que más adelante no podrá menos que interesarle en cierto modo, comenzaremos por decirle que habia caído recientemente una de tantas administraciones cuantas ha tenido México, y que los desterrados por ella al extranjero, volvían con el aire de víctimas mezclado á las pretensiones de vencedores.

Gaspar Rodríguez, que es el personaje en escena, tuvo la mala ó buena suerte de hacerse sospechoso al gobierno á causa de su lenguaje un tanto desenfrenado y espartano; en consecuencia y consignado á sí mismo, fué embarcado un día á despecho suyo, y para disimularlo, al perder de vista las playas de Veracruz, tarareaba con la espuma en los labios aquellos versos de Rodríguez Galván: "Adiós, ¡oh patria mía!—¡Adiós, tierra de amor!" pensando, en suma, lo que haría para vivir en el extranjero, supuestos los no muy abundantes recursos con que contaba y también pensando en el modo de librar á su patria—aquí personificaba la patria en su individuo—del yugo ominoso que sufría.



Afortunadamente para Gaspar, poseía algunos terrenos de labor en el interior de la República y encomendada su administración á un hombre leal é inteligente, produjeron lo necesario á fin de que sus hermanos pudieran hacerle algunas remesas de dinero. Tranquilizado acerca de punto tan esencial, preciso es confesar que los padecimientos de la patria preocuparon ya mucho menos á Gaspar, y que, adoptando para sí el sistema del "dolce farniente," entregóse á una vida cómoda y regalada, que sólo interrumpió más tarde para visitar, cuando se aumentaron sus recursos, las principales ciudades de la Unión norteamericana.

Las instituciones de la nación vecina, que á un espíritu profundo y observador habrían dado materia para meditar en la prosperidad de un pueblo, cuya máquina gubernativa se adapta á la índole de la raza, á sus tradiciones y á sus costumbres actuales, sólo sirvieron á aumentar la confusión de las ideas políticas no muy sensatas, que de años atrás germinaban en el cerebro de Gaspar. Desdeñando el fondo de las cosas, deteníase solamente en la superficie. Atribuyó el espíritu trabajador y mercantil de la ra-

za anglo-sajona á la forma política de su gobierno, en vez de considerar este mismo gobierno como resultado forzoso de aquel espíritu. Cerró voluntariamente los ojos para no ver las repugnantes escenas de la esclavitud en los Estados del Sur, y á la vez que esa misma esclavitud le indignaba en Cuba, era disculpada por él en la Florida bajo el espacioso pretexto de la prosperidad nacional. Hizo una distinción gratuita entre el lujo monárquico y aristocrático de las cortes europeas, y el lujo republicano que día á día invade más y más el terreno de las costumbres en Nueva York. Condenó el primero de dichos lujos como una ostentación insolente de los reyes y de los nobles, y santificó el segundo como medio de desarrollo ofrecido á la industria y el comercio. Vió que en dos ó tres ceremonias oficiales hundieron hasta los hombros su sombrero al Presidente de la República ó le estrellaron un huevo en las espaldas, sin que el primer magistrado yankee perdiera su flema habitual, y se dijo: "He aquí la modestia y la mansedumbre que deben adornar al depositario del poder público en una sociedad democrática." Vió que en la Cámara de di-



putados, cuando apuraban los argumentos de la lógica, acudían á los del puño, y se dijo: "He aquí una energía verdaderamente republicana en la discusión." Resultado de todas estas observaciones fué que Gaspar se prometiese seriamente, á su vuelta á México, trabajar con actividad por establecer en nuestro país instituciones políticas, idénticas á las de los Estados Unidos y por establecer la libertad absoluta en todas las clases y condiciones sociales, sin perjuicio de obtener un privilegio exclusivo para importar unos cuantos negros de Virginia y hacerlos trabajar en sus tierras. Además, para acostumbrar á nuestro pueblo á los procedimientos republicanos de que él se formaba la más alta idea, tenía intención firmísima de repartir sendas puñadas en el santuario de las leyes si llegaba á instalarse en él en calidad de representante, y aun de arrojar una bola de harina al rostro del presidente de la República en la primera ceremonia oficial á que concurriese S. E., y así pudiera ser su mejor amigo, porque "es necesario—decía Gaspar—desimpresionar al pueblo y enseñarle que los presidentes y los ministros son iguales á todos los demás hombres."

Se nos olvidaba una cosa muy esencial á nuestra historia. Antes de salir de México y sólo en virtud de sus lecturas filosóficas, Gaspar odiaba al clero católico y aparentaba considerarlo como el enemigo más constante y terrible de las luces y el progreso social. Ya en algunos periódicos—porque en México ¿quién no es periodista?—había atacado Gaspar al clero con distintas armas, abogando entre otras cosas por la supresión del esplendor del culto y de las obvenciones parroquiales; pero cuando entró á los templos protestantes de Nueva York y vió sus limpias y desconsoladoras paredes desprovistas de imágenes y sin los monumentos que en los templos católicos han levantado las artes inspiradas por la religión, creció su entusiasmo filosófico. No se hizo protestante, porque á la verdad, en nada creía, incluso la Biblia, pero se dijo como Eugenio Sue: "Si toda religión es un mal y si una religión cualquiera es necesaria á los pueblos en su estado actual de barbarie, escojamos del mal el menos; escojamos el protestantismo que guía en último resultado á la negación de toda fe." Gaspar, pues, se prometió abogar más tarde en México por la liber-



tad de cultos como medio de establecer el protestantismo, y se prometió, también, para estirpar entre sus conciudadanos toda especie de culto idólatra, apoderarse de unos cuantos cuadros de Murillo y de Cabrera y venderlos en Londres, para evitar así toda ocasión de reincidencia. Respecto de las obvenciones parroquiales afirmóse en sus ideas cuando el sacristán de una iglesia protestante en que se hallaba oyendo un sermón, que no entendía por la sencilla razón de no saber el inglés, se acercó á él cobrándole cincuenta centavos por alquiler de la silla que ocupaba. Pagó religiosamente los cincuenta centavos y se dijo para sí: "cóbrese en buena hora en mi patria una módica suma por alquiler de sillas y bancas en las iglesias, ó expéndanse más bien á la puerta boletas de entrada, lo mismo que se hace en los teatros; pero adminístrese gratis toda especie de sacramentos."

Dada ya idea de las principales observaciones hechas por Gaspar en el extranjero, y de sus resultados, sólo nos falta enumerar los esfuerzos que desde la nación vecina hizo para derrocar la tiranía que pesaba sobre su país natal.

En primer lugar, brindó cuatro veces en los hoteles de Nueva York y Nueva Orleans por la caída del tirano, exponiéndose á que los cónsules de México diesen cuenta de su lenguaje hostil é hiciesen así más difícil su vuelta á la patria.

En segundo lugar, escribió cartas destempladísimas contra el mismo gobierno y las dirigió á algunos de sus amigos de México, lo cual dió por resultado que estos amigos fuesen empaquetados y despachados á hacerle compañía, aumentándose así el "toco" de los revolucionarios en Nueva Orleans.

En tercer lugar publicó artículos furibundos en los periódicos de Brownsville, exponiéndose al inminentísimo peligro de que nadie los leyese en México.

En cuarto lugar, á fuerza de botellas de Champaña, conservó vivo en los pechos de sus amigos el fuego sagrado de la revolución.

Cuando ésta triunfó en México, no por cierto en virtud de los esfuerzos de Gaspar, algunos de sus amigos de acá, le escribieron:

"Noble víctima de la tiranía, ya puedes volver á tu patria á recibir las ovaciones.  
Roa Bárcena.—7.



ciones que has merecido en tu destierro. Vamos á trabajar en nombrarte diputado. Hoy por tí; mañana por nosotros.”

He aquí lo que motivó la vuelta de Gaspar. Al recibir esta carta tomó un pasaje en un vapor americano y á los tres ó cuatro días estaba en Veracruz. Al desembarcar en el muelle recibió nuevos abrazos y le entregaron dos cartas. Una de ellas era de sus amigos del interior y decía: “Gaspar: has sido electo diputado al congreso constituyente por el distrito N\*\*\* del Estado H\*\*\*. Mucho espera el pueblo de tí, y no poco esperan tus amigos.” La otra carta era de su esposa y decía: “Tus hijos y yo estamos tan ansiosos de darte un abrazo, cuanto escasos de medios de subsistencia. Un voraz incendio ha consumido la quinta que constituía la mejor parte de nuestros bienes. Apresúrate, pues, á llegar.”

La carta que nosotros enumeramos en segundo lugar fué leída antes que la primera, y las desgracias domésticas desaparecieron de la memoria de Gaspar ante la idea de lo que la patria esperaba de sus talentos y patriotismo. Por lo demás, estaba escrito en el catálogo de sus más íntimas con-

vicciones que el individuo y la familia nada son ante la sociedad, nada son ante el pueblo. ¡Singular modo de raciocinar! Se acepta el todo y se quiere reducir á la nada sus elementos constitutivos.

—¡Bien venido Gaspar Rodríguez, víctima de la derrocada tiranía! exclamaron de nuevo sus amigos.

—¡Gracias, señores! ¡A trabajar en favor de la “democratización” del pueblo! ¡Manos á la obra!

Pronunciadas las anteriores frases se alejaron del muelle, internándose en la ciudad. Eran las primeras horas de la mañana: un sol brillante resplandecía bajo el dosel de un cielo azulado y sereno, bordando de plata y oro la cresta de las olas que en hileras sucesivas venían acercándose á la ribera y se estrellaban en la muralla produciendo armonioso rumor: las velas de los botes y de los buques que vagaban por la bahía ó estaban anclados cerca de los islotes, parecían blancas palomas sobre el fondo del horizonte lejano; multitud de aves marinas revoloteaban cerca de la playa y uno que otro pescador se internaba en su barca hacia el mar, cantando ó silbando; pero íbamos á hacer una extensa



descripción de las bellezas del cuadro, sin recordar que los político-maníacos son insensibles á los encantos de la naturaleza y que debemos conservar á la novela hasta cierto punto el carácter espartano de su protagonista. Gaspar hace tanto caso de todos estos accesorios del cuadro, como de su familia. Para Gaspar sólo existe la patria. ¡Desdichada patria la de Gaspar!

II

EN FAMILIA

—¡Enrique! ¡Enrique!

—¡Vuelta á llamarme! ¿Qué me quiere usted?

—Siéntate en esa silla y óyeme.— Vas á cumplir doce años, hijo mío, y tus maestros y tu madre tienen muchas quejas de tí. Tus libros se hacen pedazos sin que saques tú fruto alguno de ellos. Tus maestros me han dicho que frecuentemente les faltas al respeto y que rehusas someterte á los castigos que te imponen.

—Es que quieren tenerme de rodillas y yo no quiero ni debo permanecer en esa postura.—Papá me ha di-

cho que los hombres sólo deben arrojarse ante Dios.

—Si de la escuela pasamos á tu casa, todo es barullo y desorden en ella por causa tuya. Destrozas los muebles, maltratas á Tamerlan, ese noble y fiel perro que por tantos años ha vivido con nosotros; tratas despóticamente á los criados, y lo que, sobre todo, no puedo yo tolerar es que consideres como sirvienta tuya á tu hermana, que sólo por ser tan buena puede soportar hasta que levantes la mano sobre ella. ¿No sois por ventura iguales tú y Almela? ¿No sois entrambos hijos míos? Pues ¿por qué te quieres erigir en amo de ella?

—Porque los hombres tenemos superioridad respecto de las mujeres. Papá lo ha dicho muchas veces.

—Ayer, lo mismo que otros días, á la hora en que debieras estar estudiando tus lecciones, te saliste de casa y anduviste recorriendo las calles en compañía de unos cuantos muchachos, gente ordinaria y soez, cuyo trato acabará de pervertirte y desacreditarte en el concepto de las personas honradas.

—Papá me ha enseñado que todos los hombres somos iguales y que no